

Reseñas

Rafael Torres Sánchez, *Revolución y vida cotidiana: Guadalajara, 1914-1934*, México, Galileo Ediciones/Universidad Autónoma de Sinaloa, 2001, 443p.

Salvo quizá los muy jóvenes, ¿quién no jugó alguna vez a la oca? ¿Quién no recuerda la emoción que embargaba al jugador ante la sola posibilidad de brincar casillas si el azar le permitía caer en aquellas que eran múltiplos de cinco o cuatro, y volar de esta manera hacia la meta en las alas de esta ave torpe tan extraña para los mexicanos? ¿Podría haber más suerte que, en el momento de la primera tirada, los dados marcaran nueve?

Precisamente el tablero de este juego puede ser, para Rafael Torres Sánchez, un ejemplo gráfico de lo que es la vida cotidiana:

Saltos hacia delante y hacia atrás, despegues y retrocesos, estancamiento, laberinto y muerte, bucólico punto de partida y tierra prometida para el venturoso jugador que alcance la casilla número 63: el tiempo de la oca se parece al *tiempo de la cotidianidad más zigzagante que lineal, más corto, sobre todo, que largo*.¹

1 Las cursivas son mías, p. 15

Esta ilustración permite comprender mejor su investigación que está destinada a estudiar específicamente la cotidianidad enarrazada con la revolución en la capital jalisciense entre 1914 y 1934: a partir de la fecha en la que la revolución hizo su entrada triunfal en la ciudad tapatía al ser ocupada el 8 de julio por los constitucionalistas al mando de Manuel M. Diéguez, pues Guadalajara hasta ese momento había podido mantenerse —como muchas otras poblaciones del país— al margen del remolino revolucionario, para concluir con el periodo anterior al ascenso de Lázaro Cárdenas al poder. Desde ese primer momento, la *Perla de Occidente*, siempre evocada por su belleza y las buenas costumbres, educación, religiosidad, conservadurismo y gallardía de sus pobladores, resultó afectada por el poder revolucionario, factor nodal para la comprensión del trabajo, ya que en la interpretación de Rafael Torres Sánchez, el poder es el “determinante *externo*” de hábitos y tradiciones, así como de costumbres, moral, religión, ética y aun prejuicios.

Una presentación y siete capítulos constituyen el libro resultado de los esfuerzos de Torres Sánchez y de sus incontables visitas a las bibliotecas, hemerotecas y archivos, lugares en donde reposan las voces que “proporcionan señales, pistas, *indicios de cómo ha vivido un día cualquiera la gente sin importancia*, cuáles han sido sus *ocupaciones, preocupaciones, trabajos y diversiones*”.² Voces que se dejan escuchar porque responden a las inquietudes del

historiador, quien las pulsa a partir de la prensa, ese observatorio que permite escudriñar los acontecimientos y constatar el ritmo social. En otras palabras, una amplísima gama de fuentes apuntala esta original y rigurosa investigación, que exhibe una muy buena manufactura.

La novedad para el periodo revolucionario y la complejidad del tema exigieron que desde sus primeras páginas se expusieran los fundamentos teóricos y metodológicos del trabajo, además del plan general de operaciones, y que constantemente se hiciera referencia a estos problemas básicos a lo largo de los capítulos, en mi opinión, con el objeto de amarrar los hilos que pudieron haber quedado sueltos y para que el lector no se perdiera en los detalles particulares —ya que es una gran cantidad de aspectos la que se aborda y muy largo el periodo que se estudia—, y, sin duda, porque corresponde a un deliberado estilo narrativo. En este caso, el narrador, es decir, el historiador, permanece en el primer plano de la escena, mostrando los hechos, haciendo comentarios, saliendo al paso de las posibles dudas, vinculando temas y perspectivas: presentando la estructura de la obra, el método de construcción y los acabados. Tengo la certeza de que no se trata de una obra dirigida a lectores primerizos, sino que se requiere de iniciados para que sea cabalmente comprendida, aunque debe reconocerse que algunos temas son más accesibles —como el de la Guerra Cristera—, y otros no lo son tanto, tal es el caso de la higienización de la ciudad, muy probablemente por su novedad.

2 Cursivas en el original, p. 24

El punto de arranque es una visión global de Guadalajara durante el Porfiriato. ¿Cómo distinguir cambios y continuidades si no se tiene un punto de comparación? Una ciudad que, no obstante al disputar el segundo lugar en la república, mostraba aún profundos rasgos rurales y sus pobladores se comportaban como gente de campo. Así, en un primer apartado, calles, parques, edificios públicos, panteones, mercados e iglesias; transportes, abasto de agua y vigilancia; gente: comerciantes, profesionistas, mujeres y hombres; teléfonos, enfermedades, olores —malos olores de miasmas, animales muertos o deyecciones humanas unidos a los de los jardines, siempre gratos—; ríos y manantiales; lavaderos y baños; barrios y colonias; cárceles, fervor religioso, fiestas, diversiones, juegos, ferias, el imaginario acerca de la ciudad y sus pobladores, pasan a grandes trancos por nuestros ojos cuando las palabras los evocan.

En cambio, la segunda sección destaca la colisión que representó para la ciudad la irrupción de las tropas constitucionalistas el 8 de julio de 1914, no sólo porque significaba una ocupación militar, sino también porque traían entre manos un nuevo proyecto, al que, al menos en algunas de sus partes, los tapatíos eran totalmente ajenos. El brevísimo lapso de un día le permite a Torres Sánchez apreciar la relación del centro con las regiones, así como el conservadurismo, el regionalismo y el centralismo existentes. Un punto destaca el autor: las nuevas autoridades tenían como objetivo conservar la paz y la buena imagen de la ciudad. También ofrece el nuevo marco

institucional que plantea el poder revolucionario. Un afán vehemente por normar, aún antes de la promulgación constitucional, da ritmo a la vida cotidiana, por ello resulta imprescindible, aun cuando no siempre se cumplió con las nuevas reglas o sólo muy lentamente pudieron implantarse. Un punto sobresaliente de esta parte es que permite apreciar con nitidez el desfase entre los sucesos nacionales y los regionales; además muestra cómo los proyectos constitucionalistas se fueron definiendo y afinando en el curso de los acontecimientos.

Una imagen higienizadora de la revolución, pues se consideró una tarea prioritaria, emerge del siguiente capítulo. Resulta evidente que el nuevo régimen y la sociedad se unen en contra de la insalubridad: se proponen desaparecer la basura de las calles, canalizar las aguas negras, retirar el lodo y los montones de tierra, incinerar animales muertos, trasladar gallineros, pocilgas y establos a los confines de la ciudad, controlar la venta de leche; impedir los basureros y los excusados al aire libre, procurar la limpieza de los barrancos, combatir enfermedades y epidemias; en fin, cambiar actitudes, si era el caso, que expresaran de manera irrefutable el grado de civilización alcanzado.

De esta manera puede apreciarse que el prestigio de la ciudad no desmereció con la ocupación revolucionaria, la cual se sostuvo y fue aprovechada para atraer nuevos pobladores. Un primer paso para mantener el ascendiente ciudadano fue la recuperación de los préstamos hechos durante el proceso revolu-

cionario y la devolución de los bienes intervenidos, pero la empresa además de embrollada, sólo mostró el nuevo centralismo imperante. Otro más, fue la adaptación de la ciudad a los nuevos tiempos, dándose continuidad a las obras que fueron iniciadas durante el Porfiriato: el río que hizo posible la fundación de la ciudad quedó entubado. Se ampliaron los servicios públicos, aunque no llegaron a cubrir a toda la población: electricidad, drenaje, pavimento, aprovisionamiento de agua potable y bomberos, así como la reparación de escuelas, mercados y edificios fueron la nota predominante. También se renovaron los medios de transporte, de tal modo que así como el tranvía eléctrico sustituyó al tren de mulitas, aquél fue sustituido por el autobús; se dio cabida a bicicletas y automóviles y fueron desapareciendo carretas, coches y, finalmente, las calandrias en la segunda mitad del siglo XX. Estos nuevos tiempos exigieron que se le diera un fuerte impulso a la publicidad y las diversiones: películas, exhibiciones teatrales y sainetes, excursiones, paseos, fiestas cívicas y religiosas, claro, excepción hecha del periodo cristero en el que la ciudad —no podía ser de otra manera— vivió enlutada.

Torres Sánchez no eludió el lado oscuro de la ciudad, también se ocupó de “Los bajos fondos”. Con respecto a las “mujeres de la vida galante”, los juegos de azar y la embriaguez, el autor nos hace ver cómo la revolución repitió esquemas y actitudes anteriores. Así, en lo que se refería a *ellas*: se continuó con el registro y control de las prostitutas, la revisión médica

periódica —cuando era posible—, el confinamiento a una zona de tolerancia, los sectores Libertad y Reforma, a las orillas de la ciudad, manteniendo siempre a flor de piel la doble moral de una sociedad que practica la prostitución y que, sin embargo, quisiera no queden indicios de ella; propone la existencia de burdeles y meretrices, aunque no lo parezcan. Puede, pues, apreciarse que los revolucionarios compartieron los mismos prejuicios de los hombres del Porfiriato: no se conmovieron ante las necesidades de estas mujeres cuando pidieron clemencia. La certeza de que las veían como mercancía la encontramos en el hecho de que casi nunca les perdonaron el pago de impuestos y mantuvieron sobre ellas el estigma de la prostitución mediante ominosos registros. Nadie intentó realmente acabar con esta actividad, sólo ellas, “las mujeres de la vida alegre”, la redujeron durante la Guerra Cristera, apremiadas por su propio fervor religioso.

Tal y como la prostitución fue una fuente de ingresos para el Estado, también lo fue el juego, el cual se persiguió cuando no dejaba beneficio alguno y se toleró cuando pudo ser fiscalizado; pero hay más, ante las presiones sociales que consideraban que los juegos de azar eran una influencia negativa para la sociedad y, por lo consiguiente, no debían ser tolerados, se optó por la indefinición: si convenía se toleraba y si no, pues no se hacían concesiones. Así, tanto una lotería como una corrida de toros, una carrera de caballos o un juego de argollas podían ser considerados como un juego de azar. En todo caso, la pro-

hibición de ciertos juegos y de las apuestas que podían mediar cuando éstos se celebraban era casuística, de ahí que sí se permitieran, así fuera de manera intermitente, en algunos casos como el Chino, el Turco, el Español, o bien el Tepatlitense o el Tototlense y aun el Ferrocarrilero, que siempre ofrecieron que sus socios (extranjeros o nacionales) no alterarían las buenas costumbres, no apostarían y no se embriagarían: *pues se constituyeron sólo para pasar ratos de solaz y sano esparcimiento*. Las ventas por sorteo (antecedente de la actual modalidad de la compra de automóviles) y las rifas no pudieron detenerse y dieron paso, en la década de 1920, a la lotería gubernamental destinada formalmente al beneficio público.

Sobre las bebidas alcohólicas, ¿qué se puede decir si Guadalajara era un centro comercial de importancia, particularmente del tequila? Los propósitos de erradicar la embriaguez y el alcoholismo fueron —y han sido— abatidos por la práctica cotidiana: sólo logró ampliarse la gama de licores en el consumo. En todos estos casos, así como en el control de cantinas, fábricas de bebidas embriagantes, bailes, serenatas, “gallos”, etcétera —puntualiza el autor— puede observarse en el gobierno un constante afán de obtener recursos. En pocas palabras: ante la resistencia al abandono la bebida, se toleró su venta y no hubo menos alcohólicos, sino que emborracharse costó más dinero.

La parte final del libro es una recapitulación. El autor contrae una deuda: indagar

más acerca de los olores y los sonidos de la ciudad —no obstante hace una enumeración de éstos—, y nos ofrece sus conclusiones. Dos para mí muy importantes: la claridad de que la vida cotidiana no puede reducirse a los criterios y periodos de la historia política, económica, etcétera; y su importancia contundente para enlazar los sucesos menudos del hombre común y corriente con los grandes hechos históricos —me resisto a emplear la expresión de determinantes históricos que usa Rafael Torres Sánchez.

En esta investigación el autor se propuso hacer coincidir el método indiciario, a la manera de Carlo Ginzburg y Giovanni Levi, el cultural de Alain Corbin y el de la sociología de la vida cotidiana propuesto por Agnes Heller y Henri Lefebvre. Quizá se podría resumir la propuesta original y renovadora de Torres Sánchez retomando la cita de Lefebvre (p. 29):

La cotidianidad no solamente es un concepto sino que puede tomarse tal concepto como hilo conductor para conocer “la sociedad”. Y eso, situando lo cotidiano en lo global: el Estado, la técnica y la tecnicidad, la cultura (o la descomposición de la cultura), etcétera.³

Así, no obstante que nuestro autor señala que en su trabajo, por tratarse de vida coti-

3 Henri Lefebvre, *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Madrid, Alianza de Bolsillo, 1984, pp. 41 y 99.

diana “sobresale el particular, el individuo, no el grupo, no el estrato o la clase social a los que pertenece, por más que contribuya a explicarlos” (p. 28), no debemos engañarnos: nunca es la historia o la vida de alguien en particular la que se presenta, sino los testimonios de “los cualquiera”, los que dan indicios sobre cuáles son los problemas, inquietudes, anhelos, de toda una ciudad. A veces esos cualesquiera son hombres y mujeres de los sectores bajos o medios que quieren sobrevivir en la modernidad que se va imponiendo —tal como Joaquín Mora, publicista de nuevo cuño, quien promovía su piano anunciador empotrado en un coche de mano que contaba con una especie de andamio y varias cortinillas ilustradas con la publicidad que Mora alternaba mediante un sistema de poleas accionado por un par de manivelas, mientras el piano lanzaba sus notas al aire— (p. 289), o bien pertenecer a los grupos de elite que buscaban adaptarse a la pérdida de privilegios que trajeron consigo los tiempos revolucionarios para algunos de sus miembros —como ocurrió con doña Concepción Remus, quien, haciendo a un lado los prejuicios correspondientes a su procedencia social, que también impedían que las mujeres trabajaran, se decidió a poner un puesto de tamales y romper los vínculos sociales que la estrechaban.

Así, los tan criticados y sospechosos acontecimientos dejan su carácter anecdótico —y éste es un punto fundamental que distinga este trabajo de muchos otros relatos insulsos—, para convertirse en elementos sig-

nificativos para la interpretación, pues este es un libro de explicaciones, no de anécdotas.

A la imagen tradicional de una revolución violenta, armada y política, Torres Sánchez opone la del quehacer diario de los habitantes de una ciudad, Guadalajara:

Con el movimiento revolucionario como trasfondo, la vida cotidiana en la segunda ciudad del país apenas se ve alterada. Aun después de la toma de la ciudad por el Cuerpo de Ejército del noroeste el 8 de julio de 1914, los tapatíos reproducen su entorno inmediato como lo han venido haciendo desde antes del estallido revolucionario, y sus valores, costumbres, hábitos y tradiciones, al enfrentarse al proyecto modernizador de los constitucionalistas, se sostienen. Inclusive, objetivaciones de la cotidianidad como las diversiones, crecen y se diversifican (p. 407).

Como puede apreciarse, la propuesta desarrollada por Rafael Torres es muy compleja, y estoy convencida que para llevarla a buen término, como lo hizo, fue fundamental su investigación anterior: *Jalisco, el tránsito de la revolución*,⁴ trabajo de historia económica que le proporcionó una base firme para adentrarse en las arenas movedizas y difíciles de lo coti-

4 Rafael Torres Sánchez, *Jalisco, el tránsito de la revolución*, tesis de maestría en economía, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

diano. *Revolución y vida cotidiana: Guadalajara, 1914-1934*, además de ser una obra pionera para el periodo revolucionario, como ya se indicó, es un trabajo interesante por el conocimiento que ofrece sobre el periodo y también por la novedad metodológica de su propuesta.

Para concluir, si volvemos a la oca como posibilidad gráfica de la vida cotidiana y atendemos al contenido del libro de Torres Sánchez, tendríamos frente a nosotros 63 casillas, la primera, representando un paisaje rural, bucólico, que tiene como fecha de arranque la entrada de las tropas de Álvaro Obregón a Guadalajara, y la 63: la imagen de una ciudad urbana, pavimentada, con nuevos transportes, anuncios publicitarios y nuevos espectáculos, ubicada el 30 de noviembre de 1934, y que representa —a qué dudar— la modernidad. Las 18 casillas que ocupan lasocas serían las correspondientes a las diversiones, tanto a las de los primeros tiempos como a las de los últimos; las otras 42, a las imágenes de todos los elementos de la vida cotidiana que he señalado, de tal manera que puede observarse que algunos de ellos se conservan a través del tiempo y otros se transforman, tanto por el estímulo del propio movimiento revolucionario como por el que se les imprime internamente, ya sea por la adaptación a las nuevas circunstancias o por un mayor alcance en su grado de objetividad y apropiación de la cotidianidad. En otras palabras, casillas en las que se avanza, en las que hay que detenerse y en las que hay que dar marcha atrás o volver a empezar, pero todas enmarcadas, como qui-

siera el autor, con el tañer de las campanas de la catedral de Guadalajara, las que día a día, desde hace siglos, han acompañado a los tapatíos en el discurrir cotidiano.

JOSEFINA MAC GREGOR

Universidad Nacional Autónoma de México

• • • • •

Pablo Yankelevich (coord.), *México, país refugio. La experiencia de los exilios en el siglo xx*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Plaza y Valdés, 2002, 338 p.

Los ensayos que conforman *México, país refugio* constituyen, explica Pablo Yankelevich coordinador del volumen, una muestra de una empresa que está por hacerse: la historia de los exilios en México. De ahí que el libro haya sido concebido “con la idea de delimitar un universo múltiple tanto en los casos y nacionalidades elegidos como en los temas y perspectivas de abordaje” (pp. 13 y 15). Efectivamente, si algo caracteriza la empresa coordinada por Yankelevich es la diversidad, no sólo en cuanto al contenido de los trabajos que lo integran sino también al estilo con el que fueron escritos y al enfoque que cada autor adoptó. Y es en esa multiplicidad temática y metodológica, que en un principio quizá provoque cierto desconcierto, en la que, sin embargo, reside el principal aporte de *México, país refugio*. Una disparidad tan amplia,